

y aún a pesar nuestro, vuelve, vuelve este destino de niñez que estalla por todas partes

CLAUDIO RODRÍGUEZ

todos conocemos el final

Todos conocemos el final. Y el final no es feliz. Es curioso este cuento, porque sabemos el desenlace pero ignoramos el argumento. Somos visionarios y ciegos al mismo tiempo. Sabios y estúpidos. De ahí nace ese malestar que todos compartimos, esa sospecha que nos hace llorar en un día gris, desvelarnos a medianoche o inquietarnos si la espera de un ser querido se alarga. De ahí nace la crueldad desmedida y la bondad inesperada de los humanos. De ahí nace todo, de conocer el final pero no el cuento. Extrañas reglas de juego que ningún niño aceptaría. Ellos piden que no les cuentes el final. Ignoran que conocer el final es lo único que te permite disfrutar del cuento.

Hay un coche de muertos a la puerta de casa.

Papá, y la palabra resonaba al fondo de la cueva de mis recuerdos. Papá, y era mi voz. Papá, despierta, y luego era la voz de mis hijos. Oto, vamos, despierta. Yo dormía. Y cuando duermes te sumerges en un pozo oscuro y profundo donde el tiempo es todos los tiempos acumulados. Eres entonces el niño y el adulto, todo un yo completo sin transcurso, soy Dani Mosca en trescientos sesenta grados a la redonda. Despertar es situarte en el lugar indicado del calendario, volver a la marca. Pierdes entonces el privilegio de abrazar fan-

tasmas, de desplazarte por la autopista invisible de los sueños, donde nadie te multa porque no está limitada la velocidad y las indicaciones llevan a ninguna parte y a todas partes.

Y en la mejilla los besos de mi hijo. Ryo seguía besándome sin importarle cumplir años. Tenía nueve y daba besos de nueve años, dulces, húmedos, largos. Maya se sentó en el colchón, noté su peso cerca de los pies. Ya no me besaba tanto. Para ella los besos empezaban a ser cosa de niños. Y no hay cosa que más deteste una niña de doce años que las cosas de niños. ¿Por qué sucede siempre así, que uno de niño tiene prisa por hacerse mayor? El verano pasado miré a mis hijos jugar felices con la arena de la playa y pensé: ¿cuándo dejamos de hacer castillos al borde del mar? ¿Cuándo cometemos ese error? ¿Cuándo aceptamos la petulancia de que eso es cosa de niños? A lo mejor nunca dejamos de hacer castillos de arena al borde del agua, sólo que ya no los llamamos así. Igual que por ser padres no dejamos de ser hijos.

Debían de ser las siete y media cuando me metí en la cama, en toda una declaración de que esa mañana no iba conmigo. Y, apenas cerrar los ojos, mis hijos al oído. Oto, oto. Cuando están cariñosos mis hijos me llaman oto, que es la palabra japonesa para decir papá. Duermen al otro lado del jardín, en la casa, que ahora es la casa de Kei y de ellos, y que fue nuestra casa. Yo acabé viviendo en el estudio, separado, al otro lado del patio frondoso, como un invitado de larga estancia.

Cuando los bohemios os divorciáis tenéis estas cosas, me dijo Petru, que es un rumano castizo y tatuado al que recurrimos para cualquier reparación. Él instaló la ducha en el estudio, la diminuta cocina, y abrió hueco para meter mi nueva cama y crear un espacio íntimo, aislado del resto de las máquinas, la mesa de mezclas, el ordenador, el teclado, las guitarras, los cables. Donde vivo.

Bohemio es una palabra que ya nadie usa, pero es perfecta para definir a quien regresa pasadas ya las siete de la mañana y se echa a dormir en un estudio de sonido sobre un futón que no levanta ni cuarenta centímetros del suelo. Ludivina, tan rumana como Petru, nunca dejaba a los niños durante las vacaciones escolares cruzar a mi estudio antes de que yo diera signos de estar ya despierto. Pero ella no decía que yo era un bohemio. Ella me justificaba. Sabía que un hombre solo es como una pelota sin dueño.

Kei andaba de conciertos y no regresaría hasta el martes. Pero la cuestión era saber a qué día estábamos. Finales de julio, eso seguro. Cuando hay colegio, Ludivina les prepara el desayuno y los envía a despertarme. En agosto se irían a Japón, con su madre, para pasar veinte días con los abuelos en Okinawa, en las playas de Motobu, y a mí me gustaba disfrutarlos ante la perspectiva cercana de su ausencia. Ludivina nos ayuda con los niños desde hace años y se permite confianzas como asegurarme que un día Kei me lo per-

donará todo y yo podré volver a cruzar el jardín e instalarme en casa de nuevo.

Nacho, que toca el saxo y se suele ocupar de los arreglos de la sección de vientos en nuestras grabaciones, dice que quien lleva a los niños al colegio por la mañana es un puto esclavo. Pero se equivoca. Por la mañana los niños están frescos, recién regados. A Kei le espanta madrugar y prefiere que sea yo el que los lleve. Sabe que yo me despierto temprano, que ya nunca duermo como antes. Tengo miedo a dormir demasiado seguido, demasiado profundo.

A mi hija Maya le resulta trágico llegar tarde al colegio, así que a veces tomamos un taxi para ese trayecto que a pie no lleva más de quince minutos. A Ryo le gustan los taxis, sobre todo si llevan una bandera de España colgada en el retrovisor. A los niños les encantan las rutinas, decir y hacer las mismas cosas siempre, puede que tenga que ver con su pánico a lo imprevisible. Cuando Ryo ve a un taxista con la bandera le gusta que yo le explique el mismo cuento.

Es la historia de un taxista que lleva muchas horas al volante y de pronto ha olvidado dónde está, qué ciudad es ésta y hasta quién es él y en qué trabaja. Entonces mira al asiento de los pasajeros y los ve a ellos, a Maya y a Ryo, a dos niños japoneses, y alarmado piensa que está en Japón, y el tipo no tiene ni idea de decir una sola palabra en japonés, entonces se agobia, porque nada agobia más a un español que dejar de serlo, y de pronto, zas, ve la bandera colgada

del retrovisor y se dice ah, sí, soy español, uff, qué alivio. Este cuento, que explica por qué los taxistas llevan la bandera española colgada del retrovisor, se lo tenía que contar a Ryo en cada ocasión. Le bastaba con señalar la banderita para exigírmelo. Mira, papá, la banderita española. Yo lo contaba muy bajito para que los conductores no lo oyeran, aunque a veces por las risas de mi hijo trataban de enterarse de lo que hablábamos.

Me gusta imaginar a mis hijos cuando sean mayores. Ojalá no les desaparezca nunca del todo la cara de niños. Son tristes las personas a las que no se les puede adivinar la cara del niño que fueron, y más triste aún esos niños que ya tienen la cara del adulto que serán. Mi hijo Ryo tiene un compañero de clase con cara de agente de bolsa, y hasta les cobra veinte céntimos por prestarles su móvil. No se te ocurra hacerte mayor, eso es lo que le digo a mi hija Maya todos los días a la puerta del colegio. Por más que te insistan, no se te ocurra hacerte mayor. Lo repito siempre, para que ella me devuelva esa mueca forzada de reprobación, ay, papá, qué pesado eres, antes de perderse dentro de la escuela. Cuando se lanzan sobre mi cama ya saben que no abro los ojos antes de cuatro besos. Es una norma de seguridad para que no me engañen hijos que no son los míos. Es la contraseña de mi caja fuerte. Ellos aún consienten mis juegos. Mi hija a regañadientes, papá, ¿cuándo vas a crecer?

Uno, dos, tres y cuatro. Los cuatro besos, ya está.

Oto, despierta. Abre los ojos. Papá, que hay un coche de muertos a la puerta de casa.

un sabor a trapo viejo

Los besos después de la pasión dejan en la boca un sabor a trapo viejo. Por eso me visto y me voy. Después de follar, todo son posturas comprometedoras. Si mi brazo debajo de su cabeza, si su mejilla en mi regazo, si uno se vuelve de espaldas al otro. Y yo ya no quiero dormir junto a nadie toda la noche. Porque la noche les pertenece a los que se aman. Y yo no amo. Prefiero el mal trago de que me vean vestirme, de mostrar la piel que ha perdido la ingravidez del deseo mientras busco un calcetín o el calzoncillo abandonado en el suelo o me calzo las zapatillas con los cordones atados de la mañana anterior.

¿Te vas?, había preguntado Carmela con la misma resentida dulzura de siempre. ¿Te vas ya? suena aún peor, con ese *ya* recriminatorio que esa madrugada me ahorró. Es hermoso si se quedan dormidas y puedes dejar caer un beso, ya vestido, con un pie en la calle. Pero Carmela se incorporó para poner la alarma del móvil y la despedida fue más laboriosa. Exhibía un gesto gatuno sentada sobre el colchón con el pelo despeinado que tan bien les sienta a las mujeres. Deberían pagar en la peluquería para que las despeinaran

así. Nos dimos dos besos más, que fueron secos y ásperos como la resaca.

Carmela era camarera en el bar de Quique. Aquélla era la séptima vez que nos acostábamos juntos. La precisión fue de ella. Es la séptima vez que nos acostamos en cuatro meses, me dijo. Corremos el riesgo de transformarlo en una afección crónica. Yo sólo tosí. Ya te veo la cara, vienes al bar únicamente cuando quieres follar, me había dicho la noche antes, cuando me acerqué a la barra. Tenía treinta y un años, casi quince menos que yo, pero se refería a su edad como una dolencia que había decidido tratarse. Necesito hacer algo, siempre se quejaba. Tengo que hacer algo con mi vida. Tengo que buscarme algo distinto. He oído ese lamento demasiadas veces, y yo me limitaba a esquivarlo para no verme involucrado en el proyecto. Salgo muy poco por las noches, no creas, con los niños no puedo. Le decía la verdad. Pero no le dije que eludía el bar de Quique, que era mi bar habitual, cuando no quería terminar la noche con ella. Has ganado una amante y has perdido un bar, me criticaba Animal cuando yo proponía ir a otro local. Eso es grave. Los amantes pasan, pero un buen bar es para toda la vida. Amar es no poder tomarte otra cuando quieres. Ésas eran las frases de Animal, él, que había perdido para siempre todos los bares de su vida.

Animal dice que soy impaciente. Él siempre está disponible, le sobra tiempo para todo. A mí no, soy ansioso. Dicen que la mejor prueba de tu ansiedad es

cuando tiras de la cadena antes de terminar de mear. Ése soy yo. Soy impaciente incluso en las pruebas de sonido. No me gusta que se alarguen. Hay que preservar la tensión. Y hasta los besos dejan de tener encanto si se alargan de más. Carmela me desnudaba en su apartamento feo de Ventas con tres zarpazos y luego ella se desnudaba como un hombre, sin preocuparse de lo que dejaba ver. La primera vez que hablé con ella, atraído por los ojos claros y su piel rubia bajo el pelo negro, me frenó, yo te vi una vez cuando iba a la universidad, en el Clamores. Me llevó un novio al que le gustaban tus canciones. Era un cabrón. Su favorita era «Me voy».

En realidad aquella canción era una descripción del orgasmo,

me voy,
mañana es hoy,
vine y me fui,
quien era ya no soy,
me voy,

pero mucha gente la interpreta como una canción de ruptura. Me agradaba la confusión, quizá pretendida por mí al asociar clímax erótico, el derrame, con la fuga. El placer consumado abre de una patada la puerta de la siguiente habitación, en una de tantas paradojas que convierten vivir en un vértigo. Carmela relajó el escudo defensivo a lo largo de dos o tres noches en el bar de Quique, cuando la rondé y ella aceptó la invitación a tomar la última por ahí, después

de cerrar. Te vas a follar a una camarera, ¿no te da asco de puro clásico?, me dijo la primera noche al entrar a besos en su piso. El músico que liga con la camarera.

Tengo gran respeto por los clásicos, respondí.

Caminé del apartamento de Carmela hasta mi casa. En ese amanecer, yo era el tipo al que le sorprende la mañana haciendo labores propias de la noche. Culpable. El sol era el flexo en la cara de las películas con interrogatorios policiales. Mi única respuesta fue tararear. Me gusta caminar tarareando. Hay lugares en los que nacen las canciones. En la calle, de vuelta a casa en esa hora temprana, también en la cama antes de despertar del todo, en el avión. Y en la ducha. La ducha es un lugar de inspiración caro y antiecológico, pero las canciones saben a lluvia. Además es una manera de rebelarme contra los rigores de mi padre. Cuando vivía con él, bastaba que me oyera abrir el grifo de la ducha para golpear la puerta del baño desde fuera. ¡Esa agua, no hace falta gastar tanta para una ducha! ¡Cuando te enjabonas cierra el grifo! Si te sonabas los mocos bajo el chorro de agua, se indignaba. Pero, hombre de Dios, ¿tú sabes el agua que derrochas así?, me increpaba tras la puerta. ¿Crees que tus mocos merecen desperdiciar el agua de un río? El agua malgastada, la luz sin apagar, la nevera que no cierras porque dudas qué tomarte, la persiana levantada de noche si está encendida la calefacción, tirar el tarro de mermelada sin que quede cristalino hasta el

fondo eran dispendios que no admitía. La música favorita de mi padre era la de la cucharilla golpeando el envase de un yogur mientras perseguía las últimas rebañaduras durante quince minutos. Cline, clanc, clinc, clanc.

Quería terminar el nuevo disco y por eso disfruté del placer de caminar esa mañana a la busca de alguna melodía nueva. Será el disco número diez, descontados dos de grandes éxitos, o, mejor dicho, recopilatorios, que es un nombre tan feo como feas las razones por las que se fabrican. Diez discos, en lo que ya va para treinta años de profesión, creo que refleja mi esfuerzo por no fatigar a los demás. Incluso por no fatigarme a mí conmigo mismo.

últimamente pienso mucho en la muerte

Últimamente pienso mucho en la muerte. Pero de ahí a despertar con un coche fúnebre a la puerta de casa va una notable distancia. Miré a través de la ventana de la cocina después de que mis hijos lograran despertarme. Ludivina me explicó que el conductor había llamado varias veces al timbre. Pero yo me negué a abrirle, trae mal fario, dijo. Al verme asomar, el conductor tocó la bocina, con esa naturalidad del amigo que pasa a recogerte. Una naturalidad que no esperas nunca de un coche fúnebre. Todos los coches, más tarde o más temprano, son fúnebres, decía Gus.

Ya, pero éste es fúnebre de verdad, Gus. Con sus cristales tintados y el volumen trasero con forma de caja para transportar ataúdes. Era la inconfundible limusina final.

No sé por qué pensaba tanto en la muerte últimamente. Dicen que es la edad y la conciencia de que los que te rodean, y tú mismo, habéis entrado en su área de influencia, en su gravedad. Pero entonces no era yo sino la muerte la que pensaba últimamente mucho en mí. En algunos momentos he pensado mucho en el sexo, en el éxito, en el amor, en el dinero, sin que amaneciera con ellos aparcados a la puerta de casa. Puede que la muerte sea más poderosa que cualquier otra idea, porque siempre ríe la última.

Encontrar el coche fúnebre a la puerta de casa esta mañana me impresionó. Ahí, detenido en doble fila. Era temprano, era verano, por suerte apenas había vecinos en la calle que preguntaran ¿quién ha muerto?, que supusieran, al ver aparcado un coche fúnebre frente a la entrada de nuestra casa, vaya, se ha muerto Daniel, el cantante. O alguien de su familia o la japonesa que vivía con él. No creo que haya nadie en el mundo que al ver un coche fúnebre no piense, aunque sea sólo un instante, es para mí. Igual que cuando se descorcha el champán todos tememos que el corcho, sean cuales sean las carambolas de su trayecto, acabe por golpear nuestro ojo. ¿O sólo soy yo?

La señorita Raquel trató de ubicarlo, me chilló el conductor asomando la enorme cabezota por la venta-

nilla. Tenía una cabeza tan grande que parecía imposible que después de sacarla pudiera volver a meterla en el coche. Coche de muertos lo llamaron mis hijos. ¿Raquel? Cuando recuperé el móvil, encontré las suficientes llamadas perdidas de Raquel para entender que había tratado de despertarme sin éxito. Siempre duermo con el móvil puesto a cargar sobre el lavabo del baño.

Raquel es mi ángel de la guarda, la que organiza nuestra rutina. Yo siempre la presento igual: Raquel, me lleva la carrera. Ella prefiere decir que, más que ángel de la guarda, es mi guardia civil. Raquel no tiene hijos y me ha convertido en una especie de hijo, pese a que yo le saco casi diez años. Ella cumple con mis obligaciones, y su esmerado desvelo por mi agenda demuestra que una madre puede ser más joven que sus hijos.

A Raquel no le importaba resolverme las entregas de muebles, los trámites absurdos, las exigencias del creciente papeleo, los avisos por averías domésticas. Habla con Raquel, les digo a todos. Que hablen con Raquel me infunde más confianza que si hablan conmigo. Yo a veces le cuento mis cosas personales a Raquel para ver si es capaz de resolverlas con la misma diligencia que el resto de los asuntos cotidianos. Ella responde siempre al teléfono, yo en cambio lo olvido, lo aparto, lo ignoro, porque necesito vivir sin esa cosa cerca algunos ratos de mi vida. No he llegado al extremo de Animal, que archiva en su agenda

del móvil los contactos sencillamente bajo un Sí o un No, para saber si debe contestar o ignorar la llamada. Pero Raquel contesta a todos, es capaz incluso de mantener varias conversaciones simultáneas. Tengo amigos que dicen que Raquel en realidad está enamorada de mí, por eso afea cada gesto que dedico a otras, ¿desde cuándo te gustan las tontas?, ¿seguro que quieres que esa tipa tenga tu número de móvil?, cada vez te gustan más jovencitas, pronto le robarás la agenda a tu hija. Cuando la conocí me atrajo su manera de llevar a un grupo con el que habíamos compartido escenario. Fue así, estricta seducción profesional. Empezamos a trabajar juntos y, en uno de los primeros conciertos, bebí hasta envalentonarme y ton-tear con ella. Raquel se inclinó sobre mi oído para embridarme a la tercera mirada racheada. Te advierto que me gustan las tías y estás a un milímetro de empezar a hacer el ridículo, me dijo.

Es lo de tu padre... La voz afilada de Raquel, pese a la distancia, se me clavó adentro. Claro. Lo de mi padre. Perdona, y sentí que mi voz llegaba con un leve retardo hasta su oído en Río de Janeiro. ¿Qué hora sería en Brasil? Porque Raquel pasaba las vacaciones allí con una periodista que había conocido en un concierto que fuimos a dar en Montevideo un año atrás. ¿No me digas que te olvidaste?, ¿estabas dormido?, me preguntó. Dani, ¿qué día es hoy? Noté la espuela de su ironía en mi lomo. Hoy todavía no es ningún día, no deben ser ni las nueve, le respondí. ¿Estás con

el conductor? ¿Está todo bien?, me preguntó ella. Dime que puedes ocuparte solo. Claro que sí, le dije a Raquel, ya está, ahora caigo, ya me ocupo yo.

la primera vez que deseé morir

La primera vez que deseé morir, pero desearlo de verdad, no hacer la frase llorona, fue cuando Oliva y yo dejamos de estar juntos. He dudado. Iba a escribir me dejó o rompimos, pero la acción pierde fuerza con el paso del tiempo en favor de la consecuencia. Dejamos de estar juntos. Entonces, de modo muy frío, se me antojó que morir no sería tan malo. Te mueres y se acaban los miedos, las dudas, el dolor, el arañazo ese interior. Tiempo después volví a pensarlo en algún otro instante desafortunado, cuando te despierta la tristeza por la noche y te clava las uñas en el corazón. Pero era distinto, esas siguientes veces era distinto. Yo ya había sumado años a mis veinticinco años de entonces, cuando Oliva lloraba y yo le acariciaba el pelo y le decía siempre estaré a tu lado, ¿o me lo decía ella a mí?, y sabíamos ambos que ya nunca estaríamos al lado del otro, y entonces deseé por primera vez morir, porque la muerte al menos ofrecía un valor incuestionable: el don de la oportunidad.

Deseé morir y luego he comprendido que en esos días algo de mí murió para siempre. Uno muere a plazos, en contra de lo que pensamos. Porque el final del

amor es lo más parecido a la muerte para todos aquellos que no han experimentado la muerte real, que es sin discusión lo más parecido a la muerte. Los muertos, justo antes de morir, ponen un gesto de ah, vaya, era esto. En cambio, en el final del amor nadie entiende nada, ¿qué es esto?, nadie me había contado nada de esto, porque no reconoce a la muerte entregando uno de sus plazos.

Mi padre murió de manera definitiva poco después de que Kei y yo tomáramos la decisión de separarnos. Mi segunda e inmensa separación. Nos separamos por una razón principal. Igual que a veces enciendes la luz de un baño y ves cucarachas que corren a esconderse, un día encendimos la luz de nuestra relación y le vimos la cola a la tristeza. A veces adiós es una forma de decir te quiero, escribí para ella en una canción que aún apenas nadie ha escuchado. Querer no es tan ideal como pretendemos, no faltan asesinos que dicen querer. Lo complicado de querer es distinguir qué es lo que quieres. No repetir cuánto, ni a quién, ni hasta cuándo, sino qué, qué es lo que quieres cuando dices que quieres. A mi padre se le iluminaban los ojos al ver a Kei, también al ver a Oliva. Tenía buen gusto para las mujeres. ¿Se hereda algo así? Sospecho que el que ellas dos, el que ellas dos salieran conmigo, vivieran conmigo, fueron las dos únicas razones por las que llegó a considerar que su hijo no era un perfecto inútil.

Me apenó que se muriera al poco de que Kei y yo

nos separáramos. Para mi padre el matrimonio era el Santo Grial, y yo lo derramaba torpe, pero ¿por qué tienes que ser tan torpe?, me decía de niño si se me caía la leche en la mesa o derramaba el plato de sopa al posarlo en el mantel. Así se me derramó el matrimonio, y apenas tuvo ocasión de recriminarme, porque se murió. Me llamó él mismo desde el hospital. Soy papá, me van a ingresar. Luego supe que a media mañana había vuelto precipitadamente de su paseo matinal porque se había cagado encima. Me he cagado encima, anunció cuando lo encontré en el pasillo de ingresos. Podríamos decir que cagarse encima fue la natural reacción de mi padre cuando la muerte le salió al encuentro. Su intestino reconoció a la muerte antes que él. Él, incluso el mismo día en que se murió, seguía afirmando que los médicos no daban con lo que tenía. Son unos inútiles, no hacen más que enredar con pruebas, y yo no tengo nada.

Que la muerte lo encontrara paseando era normal. Mi padre paseaba a todas horas. Paseaba por las mañanas, por las tardes y algunas noches. Paseaba hasta en casa, arriba y abajo del pasillo. Paseaba incluso en la cama, porque si llegaba a casa a una hora en que él ya estaba acostado, no era raro que hiciera la bicicleta sobre el colchón o agitara las piernas mientras hablaba conmigo. Si no te mueves te anquilosas, se justificaba. Mi padre paseaba para huir de la muerte y la vejez. Mi padre paseaba como yo salgo de gira, para que no se caiga el plato del palo chino. La vejez le

mordía los talones, y él paseaba, pero la muerte le espío a conciencia, anotó sus rutinas y le atrapó el día señalado por más que él caminara deprisa en su paseo. Lo alcanzó como el mar alcanza a derribar siempre los castillos de arena.

Lo ingresaron porque el médico quería someterle a otras pruebas. Cuando superamos la humillación de las siete horas en el pasillo de urgencias y accedió a una habitación, le sometieron a nuevas pruebas porque las anteriores resultaron contradictorias. Las pruebas decían cosas distintas. Eran deprimentes y esperanzadoras. El doctor Inepto, no recuerdo su nombre, fue amabilísimo en todo el trance, pero mi padre decía de él que era un inepto, es un inepto, este doctor es un inepto, pues el doctor Inepto me aseguró que las pruebas eran un poco confusas y también me dijo que le gustaban mis canciones.

La confusión fue lo más cerca que estuvo mi padre de salvarse. Mostró la fortaleza suficiente para intentar despistar a la muerte, emborronarle el diagnóstico. Pero, aclarada la confusión, supimos que se moría, que la finta ya no engañaba a nadie, ni las prisas en el paseo. La infección de páncreas era tan salvaje que acabó en diez días con un tipo sano y fibroso, más roca que hueso, duro como sólo es dura la gente del campo. Un hombre que había llegado a urgencias por su propio pie, tras ducharse y cambiarse, me cagué en plena calle, y tomar dos autobuses, porque se negó a pagar un taxi, por débil que se encontrara. Pagar un

taxi era una afrenta demasiado grande. Mi padre no quería ir en taxi a morirse. Fue en autobús y con transbordo. Así era él.

Yo no lloré cuando mi padre se murió. Estaba con él en la habitación y el doctor Inepto me advirtió de que llegaba el final. Eran las siete de la tarde. Mi padre boqueaba como el pez sacado del agua. Y le tomé de la mano. Una mano del material con que se fabricaban las manos hace muchos años en España, cuando todos éramos de pueblo. Una mano tan firme y vigorosa que casi parecía ella consolar a mi mano floja. La mano de mi padre había pasado los primeros veinte años en la labranza del campo y en la guerra; la mía, en esos mismos años de vida, se había dedicado a hacerme pajas y tocar la guitarra.

Inconsciente de que era la muerte quien tiraba de él, yo quise advertirle. Tienes que estar contento, papá, has tenido una vida plena, estate tranquilo. No digas eso, me riñó muy suave. Fueron sus últimas palabras. Ya no dijo más. Se murió, pues, sin dejar de regañarme, de reprenderme, que había sido nuestra forma de relación más cotidiana. No digas eso. Ya no habló cuando el capellán del hospital se coló en la habitación para rezar por él. Me voy más limpio que una patena, le había dicho mi padre cuando unos días antes le soltó la monserga de prepararse para dejar este mundo. Mi padre se confesaba todas las semanas, más por sacarle brillo al alma que por manchas de última hora. El sacerdote trabajó rápido sobre él, con

la soltura de los profesionales. Le aplicó los santos óleos como un mecánico comprueba la presión de inflado de las ruedas de un coche.

No lloré al ver morir a mi padre. Me eché a reír. Suena mal. Me eché a reír porque asomó una pariente del pueblo, la tía Dorina. Asomó la cabeza por la puerta de una forma cómica y absurda. ¿Se puede? La tía Dorina venía a Madrid a menudo a ver a su hija Dori, que era dermatóloga en aquel mismo hospital. Mi prima Dori había puesto al corriente a su madre de la gravedad del estado de mi padre después de que un día, bien amable, subiera a interesarse por él desde su consulta y se ofreciera de paso a quemarme un lunar del cuello. Si quieres te quemo ese lunar. Los lunares a partir de los cuarenta... Y no quiso precisar más. Dejan de ser decorativos y se convierten en huellas de la muerte, pensé yo. Y tú tienes cuarenta y cuatro, porque mi madre siempre me ha dicho que tú y yo somos del mismo año, precisó la prima Dori.

Me reí porque, con mi padre recién muerto, la tía Dorina se asomó para preguntar, desde la puerta, ¿a lo mejor no vengo en buen momento? Yo puse la misma cara que le habría puesto a un repartidor del supermercado que preguntara dónde deja la compra mientras la casa está ardiendo. Me reí porque no podía llorar, y porque la visita a destiempo me precipitó a esa maquinaria fúnebre y tenebrosa de llamadas y formalidades. Todo ese proceso que impide que un hombre al dejar la vida deje los trámites. Me lo avanzaba

siempre mi amigo Vicente. ¿Tú sabes lo que hay después de la muerte?, me decía, ¿eh?, ¿sabes lo que hay después de la muerte? El papeleo.

Me invadió la responsabilidad. De pronto tenía muchas cosas que hacer, y uno no llora cuando tiene cosas que hacer. Muchos años antes ya había escrito en una canción

el día en que te marchaste
no pude morir, como pretendía,
tenía hora en el dentista
para hacerme un empaste,

pero entonces todo era leve o yo tenía las fuerzas para convertirlo en leve o, lo que venía a ser lo mismo, convertirlo en una canción. Le cerré los ojos a mi padre, esos hermosos ojos color miel que tuve la suerte de heredar y en los que ahora sólo había una inmensa oquedad. La boca se le aguantaba abierta en lo que era la última bajeza de la vida o la primera que le propinaba la muerte. Traté de cerrarla para que no se percibiera la ausencia de la dentadura postiza, su última coquetería. Estar al lado durante una muerte, igual que en el nacimiento de mis hijos, contribuyó a desbravar cualquier tentación mística. Morir, como nacer, era un proceso fisiológico laborioso y sucio. Si de allí viajaba al reino de los justos, como mi padre estaba convencido de que sucedería, ya era una cuestión suya, ajena a mi cartografía.

pero lloré con retraso

Pero lloré con retraso la muerte de mi padre. Fue tres meses más tarde. En el aeropuerto de Barajas. Llevaba a mis hijos a pasar cuatro días de puente en Mallorca, a la casa junto al mar que Bocanegra, el que había sido mi valedor durante años en la discográfica, siempre me ofrecía. Era el puente festivo de mayo y la cola de facturación desbordó las previsiones, las máquinas estaban estropeadas y perdimos el vuelo. Sin mucha fe, el empleado me dijo que intentara cambiar los billetes en el mostrador de atención al cliente, que también estaba desbordado de pasajeros en aprietos. Decidí esperar la cola para tratar de no arruinar del todo los planes con los niños. Era el primer viaje de los tres juntos después de la ruptura con su madre, y quería darle ese valor fundacional que tienen los detalles al comienzo de una nueva época.

No sé si habrá plazas en el que sale dentro de dos horas, me dijo la empleada sin prestar atención, pese al letrero sobre su cabeza que prometía atención al cliente. Consultó el ordenador sin levantar los ojos. Lo siento, con el puente está todo completo. La cara de decepción de mi hija Maya, que permanecía atenta a los trámites, contagió a su hermano, Ryo, que hasta ese momento se divertía con las incidencias. ¿No nos vamos a poder ir, papá?, preguntó una. ¿El avión se va a ir sin nosotros?, preguntó el otro. No lo sé, hijos, no lo sé.

La empleada levantó los ojos tras el mostrador con la inercia de buscar al siguiente en la fila. Fijó la mirada en mí por primera vez, algo sorprendida. Eres el cantante, ¿verdad? ¿Dani Mosca? Asentí. Ser moderadamente conocido tiene a veces moderadas ventajas. ¿Sería ésta una de esas ocasiones? Torció el gesto, pero en este caso para humanizarse y regresar a trastear en el teclado de su ordenador. No hay plazas, está muy difícil, insistió. ¿Sabes que yo conozco a tu padre? Mi madre era clienta suya. Le compraba los relojes y las joyas, los muebles de cocina. Tu padre es tan majo... ¿Cómo está?

Guardé silencio un segundo, luego dije mi padre ha muerto hace tres meses. Y entonces me eché a llorar, desbordado y sin agitarme, parado en mi sitio frente al mostrador de atención al cliente, como si me hubiera dado la noticia a mí mismo por primera vez. La empleada se excusó sin dejar de observarme. Era atractiva gracias a una nariz de riesgo, algo mayor que yo, y llevaba el pelo teñido con mechas rojizas. Me mordí el labio para frenar las lágrimas. Pero las lágrimas más conmovedoras son las que no quieres soltar. Sentí que debía justificarme. Es que hoy era el cumpleaños de mi padre, algo en lo que había reparado cuando saqué los billetes, y recordé cómo se vanagloriaba de haber nacido en el Día del Trabajo, era toda una señal para él, tan afanoso. Entonces la azafata me miró con ternura, la ternura esa ocasional que uno echa tanto de menos en la batalla cotidiana. Era tan

especial, me dijo. Tu padre era alguien maravilloso, lleno de simpatía, lo siento en el alma.

Me arregló los billetes y nos coló en el vuelo que un minuto antes estaba completo. Perdona por recordarte una cosa tan triste, me insistió la azafata al despedirnos. No, no, al revés, perdóname tú a mí, no sé qué me ha dado de pronto. Lloré de manera ridícula hasta que llegamos a la puerta de embarque, sin poder apenas hablar. En la vida solo recoge el que siembra, afirmaba mi padre con su habitual grandilocuencia. Trata bien a la gente y algún día esa gente te devolverá el trato. Le hubiera gritado tenías razón, papá, tenías razón. Míralo, tenías razón. Él, que sostenía que en la vida no servían las fórmulas matemáticas. Cuanto más das, más tienes. Es como la tierra de labor, repetía con el espíritu cristiano que se le desbordaba cuando tenía auditorio o se venía arriba, es dura, es ingrata, pero es agradecida con quien la sabe cultivar a diario.

A Ryo lo invitaron a la cabina los pilotos, pero Maya no quiso asomarse, le parecía cosa de niños. Cuando arranqué a Ryo de allí para que dejara de curiosarlo todo y toquetearlo todo, el piloto me preguntó en voz baja si eran adoptados, yo estoy en trámites para traerme una chinita. No, su madre es japonesa, le expliqué. Cuando regresamos a los asientos, mi hija me habló en un aparte. ¿Por qué llorabas antes, papá, por lo de los billetes? Bueno, en realidad lloraba porque quería darle las gracias a tu abuelo por conseguirnos los billetes y..., me interrumpí, no supe seguir. Y

claro, no podías porque está muerto, añadió Ryo. Exacto.

Es difícil organizar la vida, pero la vida a veces se organiza sola para ti de una manera delicada, con una lógica que asusta, tan perfecta que es emocionante. Por eso lloré tan tarde la muerte de mi padre, en un aeropuerto desbordado de gente en lugar de junto a su cama en la intimidad de la habitación de hospital. Y por eso lloré echándole de menos en instantes casuales durante algunos meses. Como en aquel recuerdo inesperado de la azafata del aeropuerto que lo había conocido de niña en la casa de sus padres en su papel de vendedor a domicilio, el encantador señor Campos.

En Mallorca, Bocanegra nos había dejado disfrutar de su casa y su piscina, acariciar el lujo acumulado en sus siete vidas. Me he muerto en cada cambio tecnológico, en cada fusión de compañía, en cada ascenso o nombramiento de algún otro hijoputa, pero aquí estoy, resumía así su biografía profesional. Nunca un apellido le fue a nadie tan a la medida como a él, que asustaba a mis hijos con sus palabrotas. Tienes unos hijos de puta madre, llegó a decirme en un raptó de sentimentalismo que ellos escucharon compungidos. Lo que tienes que hacer ahora es disfrutar de ellos, antes de que se hagan mayores y la vida los encabrone. A Bocanegra, entre la gente de la música, lo llamábamos Loquetienesquehacer, porque siempre arrancaba así sus frases. Lo que tienes que hacer es grabar otro puto disco, me dijo, y dejarte de hostias.

Mi cabeza ya andaba enredada en otro disco sin necesidad de que él me insistiera. Abstraído a todas horas. Unas semanas más tarde ayudaba a Maya a preparar un disfraz para la función en inglés del colegio. Estábamos solos en la casa de su madre, al otro lado del jardín, cuando llamaron al portero automático. Sonaron los timbrazos persistentes, una, dos, tres veces abusivas, con ese sonido feo, irritante y antimusical de los telefonillos. Sólo había una persona en nuestra vida que llamaba de ese modo al timbre, mi padre. Así que me levanté del suelo y dije es el abuelo. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta para abrir a mi padre, bajo la mirada expectante de mi hija, caí en la cuenta de que no podía ser él. Que aquella manía autoritaria, intrusiva, delirante de llamar ya no existía. Que ya nunca iba a ser él quien llamara al telefonillo tres, cuatro, cinco veces seguidas y dejara el dedo apoyado en el botón. Que estaba muerto. Y la ausencia, de pronto inapelable, golpeó más duro que el instante de la muerte en el hospital.

Y le eché de menos de nuevo. Fue entonces cuando decidí cumplir su última voluntad.

Es Ryo, ahora llama así al timbre todo el rato, tienes que decirle algo, a mamá no le hace caso, protestó Maya. Mi hijo había heredado la costumbre de mi padre sin saberlo. ¿Se hereda eso? Llamaba al timbre como un energúmeno, igual que hacía su abuelo, con la exuberancia de quien está seguro de que va a ser bien recibido. Cuando abrí le pregunté por qué lla-

maba así al timbre. Basta con que pulses una vez y esperes un poco, le reñí. Ya, papá, pero si llamas fuerte, seguro que alguien te oye.

si llamas fuerte, seguro que alguien te oye

¿Es usted el señor Daniel Campos?, me gritó el conductor del coche fúnebre. Tenía la voz poderosa o quizá el tamaño de su cabeza le servía de campana de resonancia. Sí, salgo en un minuto, le dije. Quería ducharme, vestirme. Doy la vuelta a la cuadra, que acá no puedo parar, y le observé maniobrar dentro del coche.

Papá, ¿te vas?, me preguntó mi hija. Tengo que irme, lo había olvidado. ¿Y el coche de muertos quién lo ha llamado? ¿Para qué? Su hermano esperaba la explicación, plantado ante mí con los ojos afilados. En realidad es para el abuelo. Vamos a trasladar al abuelo a su pueblo, al cementerio de allí, ¿no os acordáis de que os lo conté? ¿El abuelo está ahí dentro? Bueno, el cadáver del abuelo, respondí. ¿En serio? ¿Puedo verlo?, preguntó Ryo. Eres idiota, ¿cómo vas a verlo?, le cortó su hermana. ¿No ves que murió hace meses? Estará podrido. ¿El abuelo está podrido, papá?

Años atrás había sostenido con mi padre una de esas estériles conversaciones, parecidas a las que sostengo con mis hijos, sobre las ventajas de la incineración. Vamos a ver, hijo, tú haz lo que te salga de las

narices con tu cadáver, terminó por decirme crispado, pero yo quiero estar enterito cuando llegue la resurrección de los muertos. ¿La resurrección de los muertos?, venga, papá, encima de que el planeta está superpoblado aún sigues con eso. Ladeó la cabeza y dijo, por fin, a mí lo que me gustaría es que me enterraras en mi pueblo, pero nada de cenizas, que no soy un cigarrillo. Tú si quieres acabar en un cenicero es asunto tuyo.

Fue algo parecido a una última voluntad. Por más que morirse no entraba en sus planes inmediatos. Las dos últimas noches, invadido por visiones causadas por la morfina que le llevaban a alargar el brazo para tocar un caballo, un jarrón de flores, una pared que veía delante, si está aquí, hijo, aquí delante, se arrancó a manotazos las vías de plasma y suero y cuando llegaron las enfermeras para reponerlas les gritaba, váyanse, asquerosas, déjenme tranquilo, fuera de aquí, malditas puñeteras, pero recobraba la razón de inmediato y les pedía perdón, se me va la cabeza, señorita, discúlpeme. Lo que más le importunaba de la estancia hospitalaria era no poderse manejar solo, estar en manos de otros y sin su seductora prestancia de anciano elegante. Eso y no ir a ver a mi madre a la residencia como hacía cada mañana al empezar el día y cada tarde a última hora. Tienes que ir y explicarle que yo no puedo, pero no le digas que estoy ingresado, me rogaba, empeñado, como lo estuvo siempre, en

que mi madre había perdido la memoria y el sentido de las cosas pero entendía mucho de lo que le decías.

Cuando murió mi padre, dejé que los demás se ocuparan de los trámites. La tía Dorina me preguntó, con esos mofletes que uno no podía dejar de mirar agitarse en cada sílaba, si teníamos algún seguro. Yo recordaba al señor Marciano, cobrador de Seguros Ocaso. Soy Marciano del Ocaso, se anunciaba por el portero automático. Siempre quise componer una canción que se titulara así, «Marciano del Ocaso». Le traía a mi padre todas las navidades un puro que se fumaban el uno frente al otro en el salón, como en un ejercicio de natación sincronizada. Hasta que mi padre decidió dejar de fumar y una Navidad rompió su habano con furia y también le quitó el suyo de las manos a don Marciano y lo tiró en la maceta de un geranio de la ventana. Yo lo he dejado, y usted debería hacer lo mismo, que eso es veneno. Supongo que aquel acto tan marciano significó el ocaso de su amistad.

La importancia de la salud fue algo que irrumpió en la vida de mi padre a causa de la enfermedad de mi madre. Y no fue una afición cualquiera, sino una obsesión que cambió sus hábitos y lo convirtió en un hombre nuevo. Practicaba ejercicios de una contundencia atlética desmesurada y se preparaba combinados de ajo y cebolla, algunos extremadamente malolientes, que guardaba en frascos reutilizados en la alacena del final del pasillo, y que venían a ser su versión casera

de los anabolizantes y las vitaminas que luego he visto tomar a tantos a mi alrededor. Se convirtió en lector, más bien ojeador, de libros de remedios alternativos publicados en editoriales infames y era tan convincente en sus diatribas sobre salud que los vendedores de enciclopedias, el tipo del Círculo de Lectores y hasta los revisores del gas o la luz, salían siempre de mi casa con un sospechoso aliento a ajo y cebolla.

Raquel se adueñó de la situación y se ocupó de solventar la parte mecánica del entierro. Fue una ceremonia rápida, sin magia, en los altos de Carabanchel, con un cura que equivocó el nombre de mi padre. Las dos coronas de flores que incluía el seguro, y que Raquel ordenó redactar con dos verdades irrefutables, Descansa en paz y Tu hijo no te olvida, acabaron despachurradas dentro del nicho de mi padre. El operario me preguntó antes de proceder al sellado si quería dejar las flores dentro o fuera. No sé, dije yo, ¿qué es lo habitual? Hombre, si las deja fuera del nicho es común que se las roben, me informó. Así que, sin demasiada convicción, contesté que depositara las coronas dentro, pues las flores eran para él. El hombre aquel tomó las dos coronas y las despachurró para empujarlas dentro del nicho en lo que fue un acto conmovedoramente mostrenco. El suelo quedó cubierto de pétalos desgajados.

Yo no recuerdo haber convocado para el entierro a nadie salvo a Animal. Se ha muerto mi padre, le dije. Joder, con lo fuerte que era, respondió él. Animal se

había pasado un par de tardes por el hospital para visitarnos, y mi padre le había retado a una carrera por los pasillos. Estás demasiado gordo, le decía, a mi padre le gustaba humillar a los gordos con su plétorica salud de anciano. Tienes que comer lo estrictamente necesario, le aconsejó, ni un bocado más. Algo imposible para Animal, cuya vida consistió siempre en el placer de los excesos. También llamé a Martán. Voy contigo en el sentimiento, me dijo con su habitual versión libre de nuestro idioma. Te acompaño, le corregí.

Entre Raquel, Kei y de nuevo la tía Dorina, que tras veinte años sin vernos había cobrado una importancia preocupante en mi vida, lograron que la entrada para el sepelio fuera más que aceptable y mi padre protagonizara su adiós con una afluencia de público que ya firmarían muchos artistas. Agradecí la presencia de amigos de la música, pero me sorprendía que participaran aún en ceremonias así. Lo siento, tío, me dijo Víctor, el bajista de Serrat, y yo lo único que supe responderle fue un ¿pero tú vas a entierros?

Sin haber asistido a ningún entierro en nuestra vida, Gus y yo escribimos una canción que se llamaba «Señor Martínez» sobre un tipo que se colaba en los entierros como quien va al teatro. Estaba basada en mi padre. Porque a mi padre le gustaba lo pomposo. Y nada podía ser más pomposo que las pompas fúnebres. No tuve en cuenta, cuando le tocó a él ser enterrado, lo mucho que disfrutaba en los entierros ajenos, con esa condolencia tan bien interpretada. Dis-

frutaba de los ritos mortuorios, el velatorio, el tanatorio, la misa de funeral, como de un teatro fascinante. Una boda era gozosa, pero un funeral permitía más registros interpretativos a los asistentes. Su generación quizá se daba el gustazo de darlo todo en esas ceremonias por la escasez de las demás. Claro, no había conciertos ni turismo, ni farras con amigos, jamás cogió un avión o acudió a un museo, el día de fin de año se acostaba a las once y nunca tuvo partida en el bar. Cuando dejó de fumar los puros del señor Marciano, ya sólo brindaba con sus brebajes paramédicos. Lo que terminó por celebrar de manera más alborotada eran sus deposiciones. De natural estreñido, primero compartía con mi madre y conmigo las vicisitudes de su defecar, tanto las satisfacciones como las amarguras. Después, con las mujeres que pasaron por casa para cuidar a mi madre, no era raro sorprenderle en conversaciones puntillosas, pues esta mañana me costó la intemerata hacer de vientre, pero la caca en sí tenía una consistencia estupenda, de manual, explicaba. Con Oliva y con Kei le sorprendí en alguna ocasión en mitad de conversaciones muy íntimas, pero ellas me tranquilizaban, nos está contando lo de su caca de esta mañana.

Cuando logré que manejara el móvil con cierta soltura y no apoyara el dedo sobre tres teclas al mismo tiempo, mi padre aprovechaba sus largos ratos de forcejeo intestinal para la ronda de llamadas. Hijo, no te lo vas a creer, pero es que llevo aquí sentado en la taza

diez minutos y ya no sabía qué hacer, y eso que me he tomado medio bote de mermelada de ciruela, cuéntame, ¿cómo están los niños? Yo, que conocía su alergia a hablar por teléfono, identificaba a menudo su llamada y esas ganas de entablar conversación con su vía crucis intestinal. ¿Qué tal, Dani, cómo va todo, que hace días que no hablamos? Papá, ¿estás cagando?, le preguntaba yo, y él lo negaba, pero alargaba las sílabas con la rítmica doliente del estreñido y luego me despedía a todo correr y yo alcanzaba a escuchar la cisterna del váter accionada mientras me colgaba.

Mostraba más empeño que habilidad por acercarse a las tecnologías, pero cuando, fascinado por el funcionamiento del fax, le anuncié que era un invento sin futuro, pareció hundirse con la noticia. Y tú qué sabrás, me dijo. En otros momentos se declaraba orgullosamente pueblerino. Soy de pueblo, se justificaba ante cualquier traspie, qué le voy a hacer. Afeaba a mis hijos que jugaran con sus maquinitas electrónicas y rememoraba por contraste cómo los niños de su pueblo cortaban pedazos de caucho de las ruedas de los primeros camiones y los masticaban como chicle mientras jugaban a envolver una piedra en la bufanda y atizarse con ella en la cabeza. Eso sí era divertirse, proclamaba, y no estas dichosas maquinitas, tanto ordenador, pobre juventud, que os vais a volver todos tontos. Vivió convencido de que el tiempo pasado fue mejor, lo que implicaba una superioridad sobre mí, ejercida en cuanto tenía ocasión. Lo rural lo asociaba

con la pureza y lo urbano con lo vil, como he visto dar por sentado con tanta simpleza a otros. Por eso encontré justo devolverle al sitio al que él mismo regresaba, incluso en la imaginación, para reafirmarse en la solidez de sus cimientos. Y así decidí transportar el ataúd con su cadáver hasta el pueblo donde nació, Garrafal de Campos, aunque fuera una decisión tomada con retraso, más de un año después de su primer entierro mustio y precipitado.

yo hago canciones

Yo hago canciones, le respondí al conductor del coche fúnebre cuando me preguntó directo, nada más emprender la marcha, ¿y usted a qué se dedica? Yo hago canciones, le dije. A mi padre le resultaba risible oírme decir que vivía de hacer canciones. Anda, búscate un trabajo, hijo, y no hagas más el ridículo. Pero no se me ocurre una forma mejor de explicar mi oficio. Una vez coincidí en la radio con un cantautor argentino que sí se atrevió a explicarlo mejor. Las canciones, dijo, son cometas que alguien agarra al vuelo y las sostiene un rato o ya no las suelta más nunca. A mí me ruborizó una explicación tan diabética, pese a que en lo gráfico funcionaba. A la locutora del programa, que era una chica con las defensas bajas porque se acababa de separar de un novio de años, debió de convencerle. Llegó incluso a tener un hijo con el cantante

argentino. Hasta que soltó la cometa, él, cuando se fue con otra. La siguiente vez que pasé por la emisora me dolió el comentario de la locutora. Mira, Dani, prefiero que me caiga un piano en la cabeza antes que volverme a enamorar de un músico, me confesó, ella también gráfica, pero sin tanto azúcar.

No he conocido a ninguna mujer que no se arrepienta de haberse enamorado de un músico. Las que se hayan enamorado de mí, también, seguro, por más amistad que hayamos sabido conservar después. Porque nosotros sólo hacemos canciones, no vivimos en ellas, como mucho, me temo, vivimos *de* ellas. Ni siquiera nos paramos a pensar en cómo se hacen. Incluso estamos de acuerdo con Neil Young cuando sostiene que para hacer una canción lo primero es dejar de pensar. Pero mejor ni entrar a explicar el proceso de hacerlas. Igual que odio a los fontaneros, a los mecánicos o a los técnicos informáticos que me cuentan cómo arreglaron lo que les pagué por arreglar y callar. Me cuesta confesar a qué me dedico si alguien me pregunta a qué me dedico. Suena tan mal decir cantante, hago canciones. Suena ridículo. Lo sé. Le sonaba ridículo a mi padre y tenía razón. En realidad toco timbres, una, diez, veinte veces, y a lo mejor alguien me oye y me abre. Podría decir eso, pero nadie lo entendería.

El conductor del coche fúnebre se presentó. Me llamo Jairo y soy ecuatoriano. Me resultaba milagroso que pudiera sostener una cabeza tan enorme sobre

sus hombros, por fornido que fuera. Me recordó esas cabezas de bebé gigantes de Antonio López que colocaron en la estación de Atocha. ¿Músico entonces?, el conductor del coche fúnebre valoró con escepticismo mi respuesta. Se me cierran los ojos, pensé yo. El sol temprano del verano me golpeaba la cara a través del cristal. Bajé un poco la ventanilla. ¿Subo el aire?, me preguntó Jairo. No, no, no soporto el aire acondicionado. Los coches se apartaban a nuestro paso mitad respetuosos, mitad supersticiosos. En un semáforo, un conductor treintañero me reconoció y me habló a través de la ventanilla. Tú eres Dani Mosca, ¿no? Asentí con la cabeza. ¿Se te ha muerto alguien?, me preguntó. Mi padre. Vaya, lo siento mucho. Tranquilo, le dije, fue hace ya casi un año. Ah. Y, ante su cara de pasmo, estuve a punto de decirle que desde entonces deambulábamos buscando un lugar para enterrarlo. Pero a lo mejor la broma era más verdad de lo que yo mismo creía.